

LA CALLE DE LA MONTERA,

comedia en tres actos y en verso,

ORIGINAL

DE DON NARCISO S. SERRA.

Representada en el teatro del Circo, á beneficio del primer actor D. Julian Romea.



821.134.2-2 "18"

BH/520

M.D.

MADRID:

IMPRENTA DE LUIS GARCÍA, CALLE DE SAN BARTOLOME, NÚM. 4.

1859.



Universidad
San Pablo

Biblioteca Universitaria

LA CALLE DE LA MONTERA

PERSONAJES.

ACTORES.

ISIDORA	D. ^a JOSEFA HIJOSA.
D. ^a ANA	D. ^a CLOTILDE MATEO.
D. ^a LIBRADA	D. ^a FELIPA ORGAZ.
BEATRIZ	D. ^a ENCARNACION CAMPOS.
EL ALCALDE CANTILLANA.	D. JULIAN ROMEA.
D. ANDRES	D. FLORENCIO ROMEA.
PINZORRO	D. MARIANO FERNANDEZ.
D. MIGUEL	D. VICTORINO TAMAYO.
D. GASPAR	D. JOSÉ GARCÍA.
OCTAVIO	D. GREGORIO LAVALLE.

CRIADOS, ALGUACILES.

En Madrid, reinando D. Felipe III.



Acto 1.^o Calle de la Montera; á la derecha, en primer término, la casa de Isidora, con puerta y balcon practicables.—Medio oscuro.

Actos 2.^o y 3.^o Casa habitacion de Isidora; dos puertas con llave, y balcon practicable á cada lado; puerta al foro.—Luz en la escena.

DOS PALABRAS.

AL SR. D. JOSE SERRA Y OTEGA.

Mi distinguido amigo el eminente literato y reputado escritor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, díjome una noche, hallándonos juntos en un palco del teatro de Jovellanos:

Amigo Serra, ¿por qué no hace V. una comedia de la calle de la Montera?

—Porque no sé nada de esa calle, Sr. D. Juan.

—Esa calle tomó su nombre de la mujer de un montero, muy hermosa, que vivió en ella: esto es lo único que yo sé.....

—Pues basta y sobra, Sr. D. Juan, que yo me inventaré el resto.

—Pues Dios le ayude, Sr. D. Narciso.

—Pues muchas gracias, Sr. D. Juan.

Ni he consultado mas datos, ni he pedido mas noticias, á escepcion de las palabras subrayadas; todo lo demas es puramente invencion mia.

AL SR. D. JOSE SERRA Y ORTEGA.

Mi querido tío: huérfano de padre desde muy niño, no he tenido otro padre que V.: acepte, pues, esta comedia como una prueba pequeñísima del inmenso filial cariño de su

Narciso.

ESCENA II.

BEATRIZ. DOÑA ANA.

En verdad, señora, estrota
como lucéis tantas flores
é ma dama, pues es claro
que en despegos solamente
se paga con los halagos.
Ni sus desdichas son nada
ni su sentimiento es negro.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, *al balcon.* DOÑA ANA Y BEATRIZ, *en la calle.*

ANA.

A mi sá doña Isidora
que yo la beso las manos,
que vine á darle compañía
para ir juntas al rosario,
y que en servirla y en verla
huélgome mucho y mas gano:
que por amiga y vecina
disponga de cuanto valgo:
que si quiere que la lleve
á ver el soto ó el prado,
ó de mis estantes gusta
elegir un libro santo
con que matar soledades
y dar fortaleza al ánimo,
que mande; pues mas me obliga,
cuanto mas deje mandado.
Dios os guarde.

OCTAVIO.

Guárdeos Dios. (*Cierra el balcon.*)

ESCENA II.

BEATRIZ. DOÑA ANA.

BEATRIZ.

En verdad, señora, extraño
cómo haceis tantas finezas
á esa dama, pues es claro
que en despegos solamente
os paga vuestros halagos.
Ni sus desdichas son nada
ni su sentimiento es magno;

y á deciros mi sentir ,
 moza de tan lindo palmo,
 recien viuda de un buen viejo,
 aunque lleve negros paños
 en el cuerpo, quizá viste
 el alma de colorado.
 No sé por qué os interesa.....
 Me interesa tanto, tanto,
 que por interés la sirvo
 con un interés muy alto.
 Escucha y sabrás por qué
 á las veces me rebajo:
 que el sugeto y el motivo
 me disculparán entrambos.
 En la docta Salamanca,
 hoy cuna de tantos sábios,
 agraciada, según dicen,
 nací de padres honrados.
 Criábanme para monja,
 por tener derecho á un hábito
 para hembra, ó capellania
 para varon, mis finados
 parientes; pero jamás
 tuve vocacion de claustro,
 pues desde niña sentia
 dentro del pecho dar saltos
 á un corazon no nacido
 para vivir solitario.
 Llegada al terceró lustro,
 fuertes mis padres me instaron
 para que tomase el velo;
 mas pidió entonces mi mano,
 sin pedir dote, el difunto
 doctor Perez de Barbastro
 (que, doctor de ambos derechos,
 era de ambas piernas zambo),
 y doctor viejo y torcido
 llevóme inocente al tálamo.
 Sin amor, mas con paciencia,
 soporté mi catedrático,
 hasta que en tocas las galas
 por su muerte se trocaron.
 Libre y rica, pensé entonces
 que mi destino cansado
 de sus rigores cesara;

ANA.

¡poco me duró el engaño!
 Amigo de don Andrés
 (que es deudo mio cercano),
 discípulo del difunto,
 un estudiante gallardo
 hizo conmigo partidas
 que no reza Alfonso el Sábio.
 Don Andrés, que de mi casa
 quiso obtener el curato,
 por esa dama de en frente
 perdió vocacion y sayo.
 Ella dejó á Salamanca,
 porque en Madrid la casaron,
 y envió el dia de bodas
 dando así á don Andrés pábulo
 á que viniese tras ella :
 mi hermoso estudiante, ingrato,
 vino á la córte tambien
 á lograr no sé qué pasos.
 Yo tras él, y ya en Madrid,
 mi primo y yo hicimos pacto,
 puesto que nos vá la vida,
 de servirnos y ayudarnos.
 Por eso á esa dama veo
 y de don Andrés la hablo,
 y entre tanto don Andrés
 corre la córte, buscando
 el Eneas de esta Dido,
 de esta pobre yedra el árbol.
 Con adularla la oblige,
 con espiarla la halago.
 Él por mi interés trabaja,
 yo por su interés trabajo,
 que mal pagados amores
 siempre han sido interesados.
 Siendo asi, ya lo comprendo;
 porque cuando deseamos
 ser primeras, nos fingimos
 terceras de otro cuidado,
 que aunque el amor sea ajeno,
 siempre es amor, y le amamos.
 Mas vamos, si es que os parece,
 hácia las gradas, y acaso
 la hallemos en el camino
 si el sermon no ha sido largo.

BEATRIZ.

ANA. Sí, que quiero ver si logro
se huelgue un día en el campo,
y decir á don Andrés
que tiene ocasion de hablarnos.
Vamos, pues.

ESCENA III.

Dichas. D. ANDRÉS.

ANDRÉS. Prima y señora.....

ANA. Seais, don Andrés, bien hallado.

ANDRÉS. ¿Cómo puedo hallarme bien,
si por todas partes halló
dichosos á quien envidio,
tristes á quien me comparo?

ANA. Pues comparaos conmigo,
don Andrés, que ni aun alcanzo
la dicha de ver el rostro
por que está el alma penando.

ANDRÉS. Al menos fuisteis amada
otro tiempo, y esos ratos
dejan siempre unos recuerdos
tan dulces.....

ANA. O tan amargos.

ANDRÉS. ¡Mas yo que, teniendo gula
de amor, no probé bocado,
y quiero hacerme marido,
cuando debiera ser diácono!
¿Visteis á Isidora?

ANA. Hoy
salió al templo muy temprano.
¿Visteis á mi infiel?

ANDRÉS. Aun no;
como que ignoro su estado,
no sé dónde dirigirme.
Solo por Miguel el Bravo
se le llama en Salamanca;
pero en esta córte hay tantos.....
no he podido dar con él;
y eso que ya he frecuentado
los corrillos de mas fuste,
las tabernas de mas gasto,
los valientes de mas punto,
las busconas de mas manto,
las trongas de menos toca

y las madres de mas garfio.
 ¿Y allí habeis de hallarlo?
 ANA.
 ANDRES. Allí,
 ó ha de hallarse tan cambiado,
 que, si á Salamanca vuelve,
 le tomarán por estraño.
 ANA. ¡Ay desventurado amor,
 en qué sugeto tan bajo
 pusiste tu voluntad!
 ANDRES. ¡Ay amor desventurado,
 que la voluntad pusiste
 en un sugeto tan alto!
 ANA. Haced que venis sirviéndome,
 y quizá la habeis al paso:
 yo la hago buenas entrañas.
 ANDRES. Hacer entrañas y bazo
 no es como hacer corazones,
 que es lo que á mí me hace al caso.
 ANA. Nos guia amor.
 ANDRES. Por lo mismo
 nos romperemos los cascós.
 Quien elige un guia ciego,
 no estrañe los esquinazos. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

PINZORRO. GASPAS.

GASPAS. ¡Pinzorro!
 PINZORRO. Lo dicho, dicho;
 nadie ha de rondar: no en balde
 pasé de alguacil á alcalde.
 Cúrele Dios el capricho.
 GASPAS. Seis ducados.
 PINZORRO. Ni seis mil:
 no ha de ponerse á salario
 todo un alcalde ordinario
 lo mismo que un alguacil.
 Que eres orgulloso creo.
 Cuando era alguacil tomé;
 mas hoy soy alcalde, y sé
 lo que se debe á mi empleo.
 Si esa dama os vuelve el juicio
 por lo rica y por lo bella,
 y quereis casar con ella,
 casaos sin mi perjuicio.
 Pues por vos no tengo gana

de que la tome conmigo
y haga un ejemplar castigo
el alcalde Cantillana.

Que entre los de casa y córte
es el mas astuto y fiero,
y os digo esto, caballero,
porque tal vez os importe.

A vos os tentó el demonio
con trongas, juego y bebida:
quereis la hacienda perdida
cobrar por un matrimonio.

Las forasteras buskais,
porque de sobra sabeis
que nombre en Madrid teneis
del mal humor que gastais.

Alguacil, os ayudé;
hoy soy alcalde, y no puedo.

Por mi y por vos tengo miedo.
¿De Cantillana?

GASPAR.
PINZORRO.

Si á fé,

que habla con sobrada holgura,
y á veces parece loco;
pero sondándole un poco
es malicia su locura.

Que es el diablo con golilla:
para él no hay valor ni dolo,
y es capaz de llenar solo
toda la cárcel de Villa.

GASPAR.
PINZORRO.
GASPAR.
PINZORRO.
GASPAR.

¿Conque me abandonas?
Sí.

¿No aceptas nada?
No puedo.

Está bien; no tengo miedo
ni á Cantillana ni á tí.

Aquí tengo de rondar,
porque así es mi conveniencia.
Si se trabara pendencia,
búscame y tira á matar,
porque si entoces me acuerdo
de tu ingratitude.....

PINZORRO.

Haré

lo que decís, y traeré
armado el costado izquierdo.

GASPAR.
PINZORRO.

A eso que me dices.....
Vos

pudierais añadir algo.
 Guárdele Dios al hidalgo.
 GASPAR. Guárdele al alcalde Dios.
 (Recien alcalde insensato,
 sobrado la pulla entiendo....)
 (Váse por la izquierda.)
 PINZORRO. Hago muy bien si le prendo,
 y hago mejor si le mato.

ESCENA V.

PINZORRO. CANTILLANA, *por la derecha.*

PINZORRO. Valiente que la atencion
 llama del contrario, para,
 cuando aquel vuelve la cara,
 herirle en el corazon,
 ataja mucho camino
 para ir á dar con el juez.....
 CANTILLANA. Y se le ahorca, porque en vez
 de valiente es asesino.
 PINZORRO. ¡Señor alcalde, usiria
 (me entra, en viéndole, cuartana)
 estaba aqui! No sabia.....
 CANTILLANA. ¿No oyes decir cada dia
 el diablo anda en Cantillana?
 Pues Cantillana soy yo;
 el diablo conmigo vá,
 y aquellos que coge.....
 PINZORRO. ¡Ah!
 CANTILLANA. No vuelven al mundo.
 PINZORRO. ¿No?
 CANTILLANA. Se van al infierno.
 PINZORRO. Ya.
 CANTILLANA. Para que sus cuentas salde
 la gente de mal obrar,
 el rey pidió á Dios, no en balde,
 que le prestase á su alcalde
 un diablo por auxiliar.
 Y ¡ay del que se avecindó
 en la córte y cumple infiel
 con lo que la ley mandó!
 Somos cuatro contra él:
 Dios, el rey, el diablo y yo.
 ¿Con quién hablabas?

PINZORRO.

Con mil

recuerdos de mis pecados
y mi vida ministril.

CANTILLANA.

Siempre fueron hermanados
lo pecado y lo alguacil.

Y pecador mas travieso
que tú, nunca alguaciló
en Madrid, te lo confieso.

Precisamente por eso
Alcalde te nombré yo.

De la gente pependciera
de capeo y de garduña

tú has de ser hacha y hoguera:
que siempre la peor cuña
es de la misma madera.

PINZORRO.

Un bien que á muchos reporte
me haceis, al par que un honor,
señor alcalde de córte.

CANTILLANA.

Vamos ahora á lo que importe,
Señor alcalde menor.

Vuesa merced me responda:

¿por qué con tanta porfia,
con insistencia tan honda,
pidiendo estais noche y dia
mas gente para la ronda?

¿Qué trama aquí se complica,
porque tanta gente ande
con ballesta, espada y pica?....
¿Qué hace una ronda tan grande
en una calle tan chica?

Poco há que es córte Madrid;

y está igual que debió estar
allá en los tiempos del Cid.....

mas plúgole al rey dejar
al viejo Valladolid.

Y á mí por ser el golilla
que en el indagar mas brilla,
dióme el encargo el rey mismo
de estender lé de bautismo
á las calles de esta villa.

Paso abriendo á un callejon,
derrumbando unas paredes
que causa de un pleito son,
le dí nombre, y con razon,
de calle de *Sal si puedes*.

«Felipe es el rey mayor;
 »Madrid su córte, y en ella
 »la mayor y la mas bella
 »calle, la calle Mayor.
 »¿Luego ha sido justa ley
 »la calle Mayor llamar
 »á la mayor del lugar
 »que aposente el mayor rey?» (1).
 Y esta calle no reclama
 mi atencion.....

PINZORRO.

La mereciera;
 que tiene sobrada fama,
 y todo Madrid la llama
 la calle de la Montera.

CANTILLANA.

¿Vive en ella algun gorrero
 que en el oficio descuella?

PINZORRO.

No, señor, que vive en ella
 una mujer, la mas bella
 que casó con un montero.....

CANTILLANA.

¿Un montero?

PINZORRO.

De Espinosa:
 ella niña y él machucho;
 él con caudal, y ella hermosa;
 él con el rey privó mucho,
 y la logró por esposa.
 Es una historia notoria
 la historia de esa mujer
 y el montero que esté en gloria,
 y tiene mucho que ver
 conmigo.

CANTILLANA.

Cuenta la historia.

PINZORRO.

Pues, señor, yo no sé cuándo
 el montero Villafranca,
 en Valladolid estando
 la córte, tal vez cazando,
 dió consigo en Salamanca.
 Nunca á Salamanca fuera.
 Vió una labradora un dia,
 y hallóla tan hechicera,
 que, aunque montera tenia,
 quiso él darla otra montera.
 Habló al padre, un hombre rudo
 y tan noble como bravo,

(1) Alarcon. *Mudarse por mejorarse.*

mas de caudal tan desnudo,
 que cuelga en el mismo clavo
 el azadon y el escudo.
 Dió el rey Felipe tercero
 licencia de desposados;
 el padre cedió al dinero,
 y por no sé qué ducados,
 juntóse abril con enero.
 Y con esto concluyera
 sin tener mas incidentes
 la historia de la Montera,
 si el rey á cazar no fuera
 cuando le viese en mientes.
 Pero Felipe tercero
 caballos previno y coche
 en una noche de enero:
 precisamente en la noche
 que se casaba el montero.
 Tuvo que irse adelantando,
 y hácia el puente de Segovia
 salió con gesto endiablado,
 para buscar un venado,
 dejándose atrás la novia.
 Pero el venado no vino,
 y la noche era lluviosa,
 y cumpliendo su destino,
 la pasó bajo un espino
 el montero de Espinosa.
 Y aquel techo de follaje
 en vez del dorado techo;
 y en vez de mujer, ramaje.....
 dióle todo tal despecho,
 que reventó de coraje.
 ¿Se murió?
 De todo punto;
 mas dejóla su caudal,
 que es lo mejor del asunto.
 Tuvo novio carcamal,
 y halló marido difunto.
 Joven, noble, rica y bella,
 y á par que viuda, doncella,
 escita tanto el deseo,
 que no hay galan sin empleo
 que aquí no ronde por ella.
 Y ni una noche acontece

CANTILLANA.
 PINZORRO.

tener mis gentes paradas,
ni andar sin que me tropiecen
músicos y cuchilladas,
hasta que Dios amanece.

Acorro un herido aquí,
y cuando la esquina gano,
sale de la esquina un sano
y arremete contra mí
espada y broquel en mano.

Allá un valiente bravea,
acá un trovador vocea,
y en tan triste desconcierto,
saco de cada pelea
un alguacil medio muerto.

Esto á usiria le esplica
que yo mas fuerza demande,
y que con espada y pica
quiera una ronda mas grande
para una calle tan chica.

Que si usiria se viera
aquí de alcalde menor,
al de córte le dijera....

¡es mucha calle, señor,
la callé de la Montera!
¿Es jóven?

Mucho.

¿Muy bella?

Mas que bella, encantadora.

¿Trujo familia con ella?

No.

¿Cuál es su casa?

Aquella.

¿Cuál es su nombre?

Isidora.

¿Llora al difunto?

Le acata;

cera, limosnas y plata

dió de preees por tributo,

y trocó en sargas de luto

el faldellin de escarlata.

Porque el padre de Isidora,

aunque noble, es labrador,

y ella que en la córte mora,

dice que le honra mejor

vestiendo de labradora.

CANTILLANA.

PINZORRO.

CANTILLANA.

PINZORRO.

CANTILLANA.

PINZORRO.

CANTILLANA.

PINZORRO.

CANTILLANA.

PINZORRO.

CANTILLANA.

PINZORRO.

CANTILLANA.

¡Es decir, que hasta su traje
fija las miradas!....

PINZORRO.

Sí.

CANTILLANA.

Pues ese es un nuevo ultraje,
y usa adrede ese ropaje
para burlarse de mí.

PINZORRO.

¿De usiría?

CANTILLANA.

No, que no.

¡Conque porque ella nació
con buena cara y buen talle,
tiene al dar nombre á una calle
mas autoridad que yo!

¡Conque porque su gracejo
hace que se estén rajando
los galanes el pellejo,
aumenta las rondas, dando
nuevos gastos al concejo!

¡Conque porque se la humille
tanta alma de amor enferma,
hace que la moral chille,
que la ronda se acuchille
y la vecindad no duerma!

Me empeño en que esto concluya,
para que no se me arguya
de no cumplir con la ley;
¿quién llama á una calle suya
cuando son todas del rey?
Esta, á trecho corto ó largo,
tendrá el nombre que yo quiera,
y no otro.

PINZORRO.

Pues sin embargo.....

CANTILLANA.

El rey me dió á mí el encargo:
no se lo dió á la Montera:
ninguno me hará que ceje;
yo corto el mal por la base,
y quéjese quien se queje.
Que se aleje ó que se case.

PINZORRO.

Que se case ó que se aleje.

CANTILLANA.

Justamente lo primero
es lo menos divertido;
lo segundo es mas certero:
á una mujer, un marido:
á una montera, un sombrero.
Yo la hablaré, y la hablaré
en justicia y sin empacho.

PINZORRO.
CANTILLANA.

¿Qué hay de Miguel? (*Con interés.*)

Nada sé.

Te juro, no se por qué,
que me inquieta ese muchacho.
¡Válgate Dios por sobrino!
De Salamanca se vino,
y la fiebre intensa y fuerte
púsole casi á la muerte.....
tal vez el sol y el camino.
De repente cura y sana,
y cobra su cuerpo el brio
de la juventud lozana,
y ya no le vé su tío
de noche ni de mañana.
Y no me pesa, á fé mia,
ver que mi hacienda derrocha
si eso le dá la alegría;
es que hace la noche dia,
es que de noche trasnocha.
Por eso te encargué á ti
averiguar su escondrijo.
¿Quereis castigarle?

PINZORRO.
CANTILLANA.

Si.....

Si le quiero como á un hijo,
¿qué le he de hacer, pese á mí?
¡Temí que se me muriera,
y me sacaba de tino
el dolor de una manera.....!
Valga un diablo á la Montera
y otro diablo á mi sobrino.
Rondemos ya que aquí estamos,
y á ver si ocurre algo nuevo,
que sobrado tiempo hablamos
de la dama y el mancebo.
Detrás de usiría.....

PINZORRO.
CANTILLANA.
PINZORRO.
CANTILLANA.
PINZORRO.

Vamos.

Es el puesto de usiría.

¿Tu gente?

A la vuelta está
en aquella hostalería.

ESCENA VI.

Dichos: D. GASPAS.

GASPAR.
PINZORRO.

¿Pinzorro, rondo?

Será.

cuenta vuestra.

GASPAR.
PINZORRO.

Cuenta mía.....

Pues cuidado de que mañana
no os guarden donde yo sé,
si os sale la empresa vana.....
¿Por qué lo dices?

GASPAR.
PINZORRO.

Porque
el diablo anda en Cantillana.

ESCENA VII.

D. GASPAR.

La dama es de mucho porte,
y D. Gaspar no abandona
lo que se fijó por norte,
aunque rondes en persona,
alcalde de casa y córte.
Belleza tiene y caudal,
y es niña, y es principal:
si es que el peligro la obliga,
yo he de rondarla, y que diga
lo que quiera el concejal. (*Vase hacia arriba.*)

ESCENA VIII.

ISIDORA. ANA. LIBRADA. BEATRIZ. D. ANDRÉS.

ANA.

Pues como digo, vecina,
es deudo mio, y es
noble por los cuatro lados;
jóven, y no de mal ver.
Su tío, honrando las armas,
murió lidiando en Argel,
y á su tía, superiora
de un convento de Jerez
por influencia de un obispo
que nos toca algo tambien,
en el concilio primero
la canonizan de fé,
y el emparentar con santos
es una dicha.

ANDRÉS.

Lo sé;
y pues su mision divina
es rogar é interceder
por nosotros pecadores,
en siendo parientes..... ¡pues!

ANA.
ANDRÉS.

Esto ya es algo. (*Aparte á Andrés.*)
Es muy poco.

(*Aparte á Ana.*)

ISIDORA.

(¡Oh qué cansada mujer!)

Doña Ana, yo os agradezco
vuestro celoso interés;
pero dejad que se pasen
los lutos de la viudez;
no ateis la triste salmódia
al alegre cascabel.

Rezando por mi difunto,
me hallásteis en San Ginés,
y aun antes que de sus gradas
pudiera sacar el pié,
la casa pedís del muerto,
solicitando alquiler.

Por amor de Dios, vecina.....

¿soy yo subasta de juez,
que ha de rematarse hoy
porque cumplió el plazo ayer?

Dejémoslo al tiempo todo;

que ya una vez me casé,
y antes que otra vez me case
he de pensarlo muy bien.

Y adios, que esta es vuestra casa.

ANA.

No, sino vuestra lo es,
y honra mucho á quien la vive
el que alguna vez la honreis.

Paísanas somos las dos;

la córte es una Babel,

y una á otra nos debemos
compañía. Don Andrés.....

hasta su puerta servidla.

ANDRÉS.

Con alma y vida.

ANA.

Ya veis

que yo hago mas que debiera;

buscad vos á don Miguel.

ESCENA IX.

ISIDORA. LIBRADA. ANDRÉS.

ISIDORA.

Aprieta el paso, Librada,
que ese hombre hablando es cruel.

ANDRÉS.

Señora, dice el apóstol

San Pablo, que el hombre es gloria de Dios que le hizo; pero que el hombre tambien tiene su gloria en la tierra, y esa gloria es la mujer.

Desde que lei á San Pablo el apóstol, y os miré, escepto el ayuno, en todo estoy conforme con él.

Cómoda capellania de sangre, por vos dejé, y el báculo por el vínculo quiero trocar esta vez.

Quizá mi mayor pecado por vos, señora, pequé; pues al saber que el Montero, que goce de Dios, amen, se marchó á gozar de Dios, francamente, me alegré.

Boda quiero y no cogulla; en mí un esclavo teneis, y pegado á vuestra sombra adonde vayais iré.

ISIDORA.

Mirad bien lo que decís, y mirad mas lo que haceis; ¿quereis mi opinion en lenguas y me quereis por mujer?

O poco apreciáis la vuestra, ó no reparais tal vez que en el cristal de mi honra ninguna sombra está bien.

ANDRÉS.

Mas el buen fin.....

ISIDORA.

Mal principio buen fin no puede tener.

ANDRÉS.

Quien insiste obliga.

ISIDORA.

O cansa.

ANDRÉS.

¿Teneis corazon?

ISIDORA.

Si á fe.

ANDRÉS.

¿Sabeis qué es amor?.....

ISIDORA.

Cumplí veinte años antes de ayer.

ANDRÉS.

¿Sabeis que llega hasta el alma?

ISIDORA.

Llega á su casa que es.

ANDRÉS.

Y ya en el alma.....

ISIDORA.

¿Qué hace?

- ANDRÉS. Se hace dueño.
 ISIDORA. Hace muy bien.
 ANDRÉS. La da muerte.
 ISIDORA. La da vida.
 ANDRÉS. ¡El cruel!.....
 ISIDORA. Nunca es cruel.
 ANDRÉS. Cuando no le quieren, sí.
 ISIDORA. Nunca menos.
 ANDRÉS. ¿Cómo qué?
 ISIDORA. Amor que es amor, opone
 al agravio la merced.
 El amar á quien nos ama
 solo un cambio de amor es;
 no quiere bien quien no sabe
 querer por solo querer.
 ANDRÉS. Mi derecho al amor.....
 ISIDORA. Paso;
 veis el derecho al revés,
 y veo que tarde ó nunca
 nos podremos entender.
 ANDRÉS. ¿Eso decís?
 ISIDORA. Eso digo.
 ANDRÉS. Lo del tiempo, al tiempo.....
 ISIDORA. ¿Qué?.....
 ANDRÉS. Fue una esperanza.
 ISIDORA. Esperad
 todo el tiempo que gustéis,
 y adios.
 ANDRÉS. ¿Os enojo?
 ISIDORA. No.
 ANDRÉS. ¿Pero os molesto?
 ISIDORA. Tal vez.
 ANDRÉS. Plegue á Dios ingrata, fiera,
 que te veas cual me ves,
 muerta: yo ya estoy difunto.
 Muerto voy.
 LIBRADA. ¿Vais muerto?
 ANDRÉS. ¡Ten!
 Sé mi heredera.
 LIBRADA. Requiescat (*Guarda la bolsa*)
 impace. Rezo por él.

ESCENA X.

ISIDORA. LIBRADA.

ISIDORA. ¿Has visto nécio mas nécio,
Librada?

LIBRADA. ¡Ay! Bien se vé
que eres forastera aquí.
Vivimos en un cuartel
en que los nécios pululan
andando de tres en tres,
y en esa Puerta del Sol
á veces le toman cien.

ESCENA XI.

Dichas. CANTILLANA. PINZORRO.

ISIDORA. (Vamos á casa.)

CANTILLANA. Es aquella;
llégome á hablarla.

ESCENA XII.

Dichos. GASPAS, foro.

PINZORRO. Otra vez.....

Que el diablo anda en Cantillana,
don Gaspar.

GASPAS. Pues volveré.

Yo soy jóven, y es muy viejo
para trasnochar Luzbel. (*Vase por la izquierda.*)

CANTILLANA. ¡Espérame en la calleja! (*A Pinzorro.*)

Teneos, señora.

ISIDORA. ¿Quién?

ESCENA XIII.

CANTILLANA. ISIDORA. LIBRADA, al paño. MIGUEL, derecha.

MIGUEL. Hoy he de hablarla..... ¡Qué veo!

CANTILLANA. Retirad la dueña, pues
á solas tengo que hab'aros
por vuestro bien.

ISIDORA. ¿Por mi bien?

CANTILLANA. Y el del rey.

ISIDORA. Librada, aguarda

en casa. Dios guarde al rey
muchos años.

CANTILLANA.

Así sea.

ISIDORA.

Pero permitidme....

CANTILLANA.

¡El qué!.....

ISIDORA.

El estrañar que conmigo
tenga el monarca que ver.

CANTILLANA.

El rey á la ley ampara,
doña Isidora, y la ley,
tiene los ojos de lince;
todo lo escudriña y vé;
no es ciega como el amor,
ni es imbécil como él.
Al grano, y estadme atenta.
Os escucho.

ISIDORA.

(¡Esperaré!)

MIGUEL.

CANTILLANA.

Yo soy alcalde de casa
y corte, doña Isidora,
y desde que estais, señora,
en Madrid, no sé qué pasa.
Cuando vos vinisteis, vino
mi sobrino, y juro á Dios
que entre mi sobrino y vos,
hacisme perder el tino.

ISIDORA.

Mas yo de eso.... ni siquiera
le conozco.

CANTILLANA.

Bien, señora;
tratemos de vos ahora.
¿Por qué os llaman la Montera?

ISIDORA.

No sé; porque así han querido;
pero no es cosa que asombre,
dar á la mujer por nombre
el oficio del marido.

Añeja costumbre es esa,
y no la encuentro enojosa
para nadie; á vuestra esposa
la llamarán la Alcaldesa.

CANTILLANA.

Yo jamás tuve cariño,
ni me casé jamás.

ISIDORA.

¿No?

CANTILLANA.

No, señora, porque yo
era alcalde desde niño.

ISIDORA.

No es eso hablar con cordura,
ni es la justicia tan rara,
que empresa por tener vara

á palos con la hermosa.
 Amor es tributo justo
 al par que dulce delicia,
 y os veo, señor justicia,
 ser con la justicia injusto.
 Seré, volviendo á tomar
 el hilo..... (estoy intranquilo:
 no puedo tomar el hilo.....
 ;cosa mas particular!)
 Señora, vuestro gracejo,
 vuestra cara y vuestro talle
 han dado nombre á esta calle
 sin permiso del concejo.
 Llámela yo como quiera,
 ya tiene sobrada fama,
 y todo Madrid la llama
 la calle de la Montera.
 ;No sois la Montera?

CANTILLANA.

ISIDORA.

CANTILLANA.

ISIDORA.

CANTILLANA.

ISIDORA.

CANTILLANA.

ISIDORA.

CANTILLANA.

ISIDORA.

Si.
 ;Mas puse yo el nombre?
 No.

Pues si en nada pequé yo,
 ;de qué me culpais á mi?
 Pensadlo, alcalde, con pausa.
 Sois la causa, y mi proyecto
 es atajar el efecto,
 haciendo cesar la causa;
 porque tanto galan vá
 buscando en vos su acomodo.
 Más guerra que Madrid todo
 esta calleja me dá;
 la vecindad, con razon,
 de tanta ronda se queja,
 y esto, señora, no deja
 de influir en la opinion.
 ;Dadme algun medio oportuno
 para no estar siempre asi!
 Un medio.....

Señora, á mi
 me habia ocurrido uno:
 casaos; debeislo hacer.
 ;Y eso decís, vos, señor?
 Un marido es el mejor
 alcalde de su mujer.
 Pensaré á espacio el consejo.

- CANTILLANA. vos me echariais de aquí.
 ¡Yo! (¿Qué se me importa á mí
 que se vaya la Montera?)
- ISIDORA. Aquí estoy sola.
- CANTILLANA. Eso no;
 si algun peligro correis,
 en mí un valedor tenéis,
 y no valgo poco yo.... (Pausa.)
 Decidme: en vuestro lugar,
 antes de casada..... acaso.....
 es decir.....
- ISIDORA. Alcalde, paso,
 que eso es mucho preguntar.
 ¡Ay! poneis un entrecejo,
 que la cara os desaliña.
- CANTILLANA. (Pero, señor, ¿si es tan niña!....)
- ISIDORA. (Pero, señor, ¿si es tan viejo!....)
- CANTILLANA. ¡Qué bella sois!
- ISIDORA. ¿No lo niega
 el alcalde?
- CANTILLANA. Fuera un loco,
 y como dije hace poco,
 la justicia no era ciega..... (Pausa.)
 Sabéis mas que es natural
 á una labradora.
- ISIDORA. No;
 pero un tio Dios me dió,
 clérigo en la catedral,
 y él me enseñó de lectura;
 y como en ella es tan ducho.....
- CANTILLANA. Pues os enseñaron mucho
 aquellos libros del cura.
 Adios quedad, y os prevengo
 que honra tendré en asisliros,
 y que vendré á despediros.....
- ISIDORA. Gracias mil.
- CANTILLANA. (No sé qué tengo.....
 pero faltando al mandato
 del rey, quien venga á esta acera
 á rondar á la Montera,
 por mí ó por el rey, le malo.) (Váse foro derecha.)

ESCENA XIV.

MIGUEL. ISIDORA.

MIGUEL.

Isidora.....

ISIDORA.

(¡El, ay de mí!)

MIGUEL.

Hidalgo, paso.....

Señora,

me oís, ó me mato, Isidora;

no puedo vivir así.

Oídme un momento no mas,

y si sentenciáis cruel,

os juro, á fé de Miguel,

no molestaros jamás.

Hermosa salamanquina,

Montera de lindo talle,

¿qué nombre das á la calle

que se honra de su inquilina?

Todo el que te vió, te amó;

pero aunque te amaron tantos

cuantos vieron tus encantos,

mas que todos ellos, yo,

que no hallarás un cariño

cual mi cariño seguro,

que es el primero y mas puro

de mi corazon de niño.

Tú niña, y yo colegial,

desde los años mas tiernos

no pasó dia sin vernos

juntos en la catedral.

Y cuando el incienso á Dios

se elevaba, yo creia

que con él se confundia

el suspiro de los dos.

Que nunca hubo amor mas santo

que este que el alma atesora;

¡ay, Isidora, Isidora,

te quiero yo tanto! ¡tanto!

ISIDORA.

Me hace dudar..... (Con alegría.)

MIGUEL.

Pasó al fin

aquella infancia tan pura;

crecías tú en hermosura,

y yo acababa el latin;

y desde que eras mujer

mirábasme de mal grado,

y yo tomaba enojado
 el grado de bachiller.
 ¿Qué te ha obligado á mudar?
 dime: mi lengua no habló,
 pero al que ama como yo,
 le basta con el mirar.
 Y en otros serenos dias
 ¡ay! mas serenos que ahora,
 las miradas de Isidora
 eran de amor, cual las mias.
 Si quisiste por ficcion
 este corazón rendir,
 vengo aquí á dar y á pedir
 cuentas de mi corazón.
 Distraerme quise quizás
 y lancéme á los placeres,
 y en medio á tantas mujeres
 te veia á tí no mas.
 Una noche..... aun se me abraza
 con tal recuerdo la frente;
 oí decir á tu gente
 «se vá Isidora, y se casa.»
 Celoso salgo tras tí.....
 era ya tarde, enfermé,
 y á tu esposo perdoné.....
 tan cerca la muerte ví.
 Mas de él dispuso Dios;
 por cuanto ames en el orbe,
 ¿qué encuentras, dime, que estorbe
 la ventura de los dos?

ISIDORA.

(Me ama.) Paternal mandato
 de tí separarme pudo;
 plugo á Dios cortar el nudo.....
 yo le bendigo y le acato.
 Mas si digiste verdad
 por tu fe de caballero,
 yo te juro que te quiero
 con toda mi voluntad.
 Celosa estaba, soy franca;
 á Salamanca me voy
 con mis padres; viuda soy,
 y te aguardo en Salamanca.
 Hasta tanto.....

MIGUEL.

ISIDORA.

Ni siquiera
 has de pisar el umbral,

que viéndote en el portal,
¿qué dirán de la Montera?
La razon no se te esconde.....

MIGUEL. Obedecer es rendir;
sea, tendré que reñir
con el primero que ronde.

ESCENA XV.

D. GASPAR. MIGUEL.

GASPAR. Todavía un arrimon.
¿Por quién se ronda? responde.....

MIGUEL. Preguntar por quién se ronda,
es preguntar de rondon.

GASPAR. ¿Es que quereis la Montera?

MIGUEL. Seor hidalgo, ¿quién os mete
sea montera ó bonete
que quiera yo lo que quiera?

GASPAR. Rondo con amantes fines
la calle en que está mi amor.

MIGUEL. Yo por cuidar una flor
vengo de la de Jardines.

GASPAR. ¿Sois jardinero?

MIGUEL. Sí, y quiero
mientras Dios me deja manos
podar la flor de gusanos,
porque soy buen jardinero.

dos calles hay bien escuetas;
libres teneis ambos lados,
aquí la de los Preciados,
y enfrente, la de Carretas.

GASPAR. No cedo el paso á un estraño
mientras tenga espada y viva.

MIGUEL. Ved que si andais hácia arriba
dais en la del Desengaño.

Gala del suelo español,
para avergonzarle ella,
se vino á vivir mi estrella,
junto á la Puerta del Sol.

Ved si el paso ceder puedo
teniendo mi dicha en algo;
si yo de esta calle salgo,
sin sol ni estrella me quedo.

GASPAR. Riñamos, que largo trecho
se dió á la lengua.....

MIGUEL. Está bien.
 GASPAS. Tente, ¡no le mates!
(Al volver la cara Miguel, le hiere Gaspar con la mano izquierda.)
 MIGUEL. ¿Quién?
 ISIDORA. ¡Ay! *(Desde el balcon.)*
 MIGUEL. A traicion. *(Cae sobre D. Andrés, que sale.)*
 GASPAS. Esto es hecho. *(Váse derecha.)*

ESCENA XVI.

MIGUEL. ANDRÉS.
 ANDRÉS. ¡Santo Cristo! ¡Estoy despierto!
 ¡Me echan un muerto!..... ¡Ay, es él!
 Prima, ya sé de Miguel;
 ya sé cómo está. ¡Está muerto!
(Entra en casa de doña Ana.)

ESCENA XVII.

ISIDORA, en el balcon. CRIADOS. MIGUEL, en la calle.

ISIDORA. Acorredle.
 CRIADO. ¿En casa?
 ISIDORA. Sí,
 por mí recibió esa herida;
 como yo salve su vida,
 ¿qué se me importa de mí?
(Se retira del balcon, y cierra la puerta: los criados entran á donde Miguel en casa de Isidora.)

ESCENA XVIII.

ANA. ANDRÉS. A poco CANTILLANA.
 ANA. ¡Ay dolor! ¡Ay pena honda!
 ANDRÉS. Voy á buscar al instante
 una ronda, un ministrante.

ESCENA XIX.

Dichos. CANTILLANA. PINZORRO, y ronda.

CANTILLANA. ¿Quién necesita á la ronda?
 ANA. Una mujer desolada.....
 ANDRÉS. Y un muerto que está en el suelo.

- CANTILLANA. A ver.
- ANDRÉS. Aquí..... ¡Santo cielo!
 ¡Esta calle está embrujada!
 Se le ha tragado el abismo.
- ANA. Mas que aquí estaba, es muy cierto.
- CANTILLANA. Pues no es probable que el muerto
 se haya enterrado á si mismo.
 ¿No pensais de igual manera,
 señor alcalde menor?
- PINZORRO. Es mucha calle, señor,
 la calle de la Montera.
- ANA. Señor, justicia..... ¡Oh tormento!
 Va en eilo la dicha mia;
 el difunto me debia
 palabra de casamiento.
- CANTILLANA. Del difunto es ese asunto
 y á él solo le pertenece;
 mas si el difunto parece,
 se interrogará al difunto.
- ANA. ¡Ay Miguel!
- CANTILLANA. ¡Miguel! ¿Qué he oido?
 ¿Y su apellido?
- ANDRÉS. La fama
 Miguel el Bravo le llama;
 ignoramos su apellido.
- CANTILLANA. Parecerá, yo lo fio,
 y ¡ay! de quien fué contra él,
 si el difunto era Miguel,
 y ese Miguel es el mio.
- ANA. No, que es mio.
- CANTILLANA. Sosegad,
 yo no he de casar con él;
 si no hallo en casa á Miguel,
 señor alcalde, ¡temblad!
 Una de dos ha de ser
 lo que en esto haya de cierto:
 ó corrieron con el muerto,
 ó el muerto apretó á correr.
 Encontradlo, ó juro á Dios
 que sin que os valga socorro,
 señor alcalde Pinzorro,
 cargais con el muerto vos.
 ¡Oh pesar!
- ANA. ¡Oh pena fiera!
- ANDRÉS. Tengo miedo.
- PINZORRO.

CANTILLANA.

ANDRÉS Y ANA.

CANTILL. Y PINZ.

TODOS.

¡Yo dolor!

¡Quién pensara!....

¡Quién supiera!....

¡Es mucha calle, señor,
la calle de la Montera!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

32

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ISIDORA. LIBRADA.

ISIDORA. ¿Respondes tú de la herida,
Librada?

LIBRADA. Respondo yo.
Si perdió el sentido fué
por la fuerza del dolor,
pero la herida no es cosa:
curó á primera intencion
con el bálsamo bendito,
que esta mano le aplicó.
¡Qué mucho, si tiene agua
de la fuente que saltó
al golpe que dió de hijada
San Isidro Labrador!
El aceite, es de la lámpara
de las monjas del Carbon;
la cera, de la novena
de la Virgen de la O,
y las yerbas, escogidas
me las dió un inquisidor.
Conque ya veis.....

ISIDORA. ¡Ay, Librada!
tengo un cuidado.....

LIBRADA. ¡Pues no!
Teniendo bien el vendaje
y dándole un remojon
de cuando en cuando en las hilas.....
A propósito, ahora voy
á remudarle, y lo hago
mas bien que por él, por vos.

ISIDORA.
LIBRADA.

¿Por qué?
¿Cómo que por qué?
Soy doncella de opinion:
su herida está en el costado,
y para vendarle yo,
tengo que cerrar los ojos,
por no agraviar el pudor:
al cabo es mozo, y yo..... en fin,
tómemelo en cuenta Dios.
¡Ay! que ya se me olvidaba.....
esta carta me encargó
que al alcalde Cantillana
se enviase volando hoy.
¿A Cantillana?

ISIDORA.
LIBRADA.

Así dice
el sobre. Mirad; á don.....
¡Octavio!

ESCENA II.

Dichas. UN CRIADO.

CRIADO.
LIBRADA.
ISIDORA.

Aquí está el vendaje.
Venga.
Ahora vas veloz

á la calle de Jardines,
y en el sétimo porton.....

CRIADO.

¿En cas del señor alcalde?

ISIDORA.

Ya lo sé por el farol.

ISIDORA.

Dejas esta carta.

ISIDORA.

Bien:
¿aguardo respuesta?

No.

ESCENA III.

ISIDORA. LIBRADA.

LIBRADA.

Y ahora vamos á curar
al herido pregunton.

¿Sabeis que no he visto nunca
enfermo mas hablador?

¿Conque rondan á Isidora?
dice; y echa un tao ó dos.

¿La habeis visto hablar con alguien?

¿Recibe papeles? ¡Oh!

¿Si yo no estuviera enfermo!

Enfermo estoy, y haga Dios
que ya que á traicion me hirieron,
no me maten á traicion.

Esto dice, y mucho mas,
de lo que deduzco yo
que herido está en el costado,
y mas en el corazon.

Y mas que ungüentos y vendas
y el bálsamo bienhechor,
si quereis que cure pronto
teneis que curarle vos.
Bachillera estás.

ISIDORA.
LIBRADA.

¡Qué mucho!

Como que asisto á un doctor
que prestaría el bonete
á cierta montera.....

ISIDORA.
LIBRADA.

¡Oh!

Y sentará á su carita
mas que la toca, mejor.

ISIDORA.
LIBRADA.

Vete, que me enojaré.
Sería una sinrazon;
mas para desenojaros,
buscaré procurador. (*Se marcha.*)

ESCENA IV.

ISIDORA.

¡Por qué, amor, si te pintan
vendado y niño,
te asomas á los ojos
del que has herido,
y el alma luego
paga lo que pecaron
los ojos ciegos?

Niño que de los ojos
buscas las niñas,
tutor que nunca guardas
á las pupilas,
dame tu venda;
y al que yo quiero tanto,
que no lo entienda.

Mira que está muy cerca,
que yo le quiero,
que son galán y dama
estopa y fuego.

Dame tu venda,
y al que yo quiero tanto,
que no lo entienda.

ESCENA V.

ISIDORA. LIBRADA. MIGUEL.

LIBRADA.

Obedezca mi precepto
en cuanto le diga, y calle.
No para ajustar el talle
quiera abrochar el colete,
pues está recién vendado
y puede abrirse la herida.
No sé cómo hay quien se cuida
de vivir tan apretado.

ISIDORA.
LIBRADA.

¿Riñesle?

Y tengo razon,
y reñiré á troche y moche;
y si no es bueno, esta noche
se acuesta sin colacion.

ESCENA VI.

MIGUEL. ISIDORA.

MIGUEL.

Blanca azucena,
luz de la aurora,
fuente serena,
dulce Isidora.
No lleve el viento
mi voz ahora;
oye el acento
del que te implora.
Y refléjese en él el sentimiento,
del alma enamorada que te adora.
Página de oro
de amante historia.
¿Cuánto te adoro,
sueño de gloria!
Muriendo estaba
junto á tu puerta,
sangre manaba
mi herida abierta.
Tú, bienhechora,
vida me das;

ingrato ahora
seré quizás.

Pero quería tanto á mi Isidora,
que el alma ya no puede amarla mas.

El estudiante
que en Salamanca
ronda adelante
la calle franca,
siempre su paso
libre encontró:
desesperado
sin tu cariño,
tímido niño,
loco enfermó.

Él loco ha estado
por tu hermosura:
¿qué mas locura
que amarte á ti?
Si eres tan bella
que á veces creo

que eres la encarnacion de un devaneo:
que Dios compadeciendo mi deseo,
te finge tan hermosa para mí.

Tus ojos bellos
mi vida son,
latió por ellos
mi corazón.

Curas mi herida:
poco es, por Dios,
darte mi vida
quien debe dos.

Si hallarme quieres
agradecido,
vuelveme el alma
que te he rendido.
Que yo á tus ojos
de serafín,

les daba desde niño por despojos
todo el tesoro de mi amor sin fin.

ISIDORA.

Acorte el paso
vuestra ternura,
no os vuelva acaso
la calentura.
Dejad estremos:
solos estamos:

ambos sabemos
que nos amamos.

Callar debemos
mirando á Dios,
que uno del otro enfrente nos hallamos,
y atendiendo á la honra, no olvidamos
la cristiana enseñanza de los dos.

Con su fé entera
mi alma te adora:
no hay quien te quiera
como Isidora.

Mas tente, espera
llegue la hora
que la Montera
sea doctora.

Que yo te fio
que de ella oirás,

mucho mas que la dices, Miguel mio.
Cuando su amor no sea un desvario,
te dirá mucho mas, ¡ay! mucho mas.
¿Conque he de ser mudo?

MIGUEL.

ISIDORA.

MIGUEL.

ISIDORA.

MIGUEL.

Sí.
Ciégame entonces.

¿Por qué?

Porque te dirán mis ojos
las perfecciones que ven.

ISIDORA.

Veo que por lo doctor
no dejais lo bachiller.

MIGUEL.

Es tu hermosura la causa,
yo el demandante y tú el juez.

ISIDORA.

Basta de tuteo, hablemos
con seriedad, don Miguel.

MIGUEL.

Qué hermosa eres, Isidora,
bendita seas.

ISIDORA.

Amen.

MIGUEL.

Bien haya la aleve mano,
que aunque fué aleve y cruel,
de verme tan á tu lado
origen y causa fué.

ISIDORA.

Es obra de caridad
los enfermos acorrer,
y á pesar del catecismo,
si alguien en mi casa os vé,
la honra de la Montera
no lo pasaria bien.

No temo por mis criados,
 que es cada uno á cual mas fiel;
 mas temo que la justicia
 en esto quiera entender:
 casa que vé la justicia,
 ajusticiada se vé,
 con razon ó sin razon,
 con fundamento ó sin él.
 A propósito, ¿al alcalde
 Cantillana conocéis?
 Sirveme de padre.

MIGUEL.

ISIDORA.

MIGUEL.

¡Si.....
 A su hermana debo el ser.
 Ella al darme á mi la vida
 perdió la suya, y tal vez
 de pena murió mi padre:
 huérfano y solo quedé.
 Y á no ser por Cantillana,
 que á pesar de su esquivéz
 aparente, tiene un alma
 cual la de un ángel sin hiel,
 muerto hubiera, abandonado,
 de frio, de hambre y de sed.
 Toda mi familia es pobre:
 él por privar con el rey,
 gracias á la rectitud
 de su hidalgo proceder,
 recibió de la real mano
 mas de una rica merced:
 como alcalde sempiterno,
 le sorprendió la vejez.
 Por el amor de su vara
 no tuvo el de la mujer,
 y pone en mí su ternura,
 y yo se la pago bien.
 ¿Y no mas que en vos?

ISIDORA.

MIGUEL.

ISIDORA.

No mas.

¿Entonces yo no tendré,
 puesto que os he recogido,
 motivo para temer?....

MIGUEL.

¿Así no tuviera yo
 motivos de celos!

ISIDORA.

MIGUEL.

ISIDORA.

¿Pues?
 ¡Tanto galan como os ronda!
 Prueba, á mi modo de ver,

que cuando rondan por fuera
no ponen dentro los pies.
Quizás mas motivos tenga
de estar celosa que él.
Cuéntase que en Salamanca
es muy temido.

MIGUEL.

Lo fué;
tuve estravios de mozo;
mas no se llegó á prender
este corazon de amores
hasta que cayó en tu red.
Estraviado anduvisteis.

ISIDORA.

¿Te pesa acaso?

MIGUEL.

Tal vez.

ISIDORA.

¿Qué importa el pasado!

MIGUEL.

Importa.

ISIDORA.

¿Te dá enojos?

MIGUEL.

No lo sé.

ISIDORA.

Eres niña.

MIGUEL.

ISIDORA.

Amor es niño,
y cuando se quiere bien,
él antes inspira celos
y recelos él despues.
Y teme quien su bien cела,
que han de robarte su bien
la tierra, el aire, y la luz
que giran en torno de él.
¿No eres tú celoso?

MIGUEL.

Oh! si.

¿Eres tan hermosa!.....

ISIDORA.

Y qué.....

si soy amante.

MIGUEL.

Bendita,

bendita seas.

ISIDORA.

Amen.

ESCENA VII.

Dichos. LIBRADA.

LIBRADA.

Pronto al cuarto.

ISIDORA.

¿Qué sucede?

LIBRADA.

Que tienes visitas.

ISIDORA.

¿Quién?

LIBRADA.

La prima del primo eterno.

MIGUEL.

¿Quién es ese primo?

ISIDORA.

Es.....
un nécio.

LIBRADA.

Viene azorada.
Dice que te quiere ver.
Yo la hubiera despedido;
mas vive enfrente, y tal vez,
si vió algo anoche, y te importa
saberlo.....

ISIDORA.

Vete, mi bien.

MIGUEL.

Mè da que pensar el primo,
la prima, las rondas y el.....

ISIDORA.

Piensa en lo que yo te quiero.

MIGUEL.

Pienso en que puedo perder
ese cariño.

LIBRADA.

¡Que llega!
pase ya vuesa merced.

ESCENA VIII.

ISIDORA. ANA.

ANA.

Si es hidalga obligacion
de quien tiene sangre hidalga,
asistir y proteger
al que en su amparo se ampara,
la obligacion es hoy vuestra,
la ocasion es mi desgracia,
la causa amor, que el amor
siempre fue en nosotras causa
de desgracia.

ISIDORA.

En fin.....

ANA.

En fin,

oidme, hermosa paisana,
y ojalá pueda mi acento
conmover vuestras entrañas.
Habreis estrañado acaso
la insistencia porfiada
con que yo de don Andrés
continuamente os hablaba.
Pues era, yo lo confieso,
porque don Andrés buscara
un estudiante traidor,
que con traidoras palabras
se llevó el corazón mio,
sin dejarme en cambio nada.
¡Ay, Miguel!.....

ISIDORA.

¡Miguel! (¡Qué es esto!

Amor, ¿qué es lo que me pasa?)

ANA.

Don Andrés ofreció hallarle,

¡ojalá nunca lo hallara!

ISIDORA.

¿Pues cómo le encontró?

ANA.

Muerto,

á la puerta de esta casa.

Quizá algun galan de los

que vuestro rigor maltrata,

creyéndole amante vuestro,

contra él emprendió sin causa.

ISIDORA.

(¡Esto mas!)

ANA.

Hay tal misterio,

que ni el cadáver se halla.

Don Andrés teme, y me deja;

la justicia me amenaza,

ved el trance en que me pone

esta maldecida carta.

ISIDORA. (Lee.)

«Si no parece el muerto, doña Ana,

» á la cárcel de Villa vais mañana;

» pues ya tengo por cierto

» que si anoche hubo un muerto, era ese muerto

» sobrino del alcalde Cantillana,

» que dice, y al decírmelo se huelga,

» que encuentro á su sobrino, ó que me cuelga.

» Si él la palabra os dió de casamiento

» y cayó en el dintel de vuestra puerta,

» sospecha dais con harta fundamento

» de haber sido ocasion de la reyerta.

» Averiguar el caso es deber mio;

» tengo miedo al alcalde, y miedo al tío.

» Buscad declaraciones

» que dén luz entre tantas confusiones,

» pues vá en ello mi vida y vuestro oprobio;

» que si entre vos y yo no hacemos nada,

» al quedar yo con horca y vos sin novio,

» quedamos, yo colgado y vos colgada.

» Pinzorro, alcalde menor.»

(Ya no dudo, estoy sin alma.)

¡Y ahora qué pedís de mí!

(Amor, ¡qué es lo que me pasa!)

ANA.

Que en mi favor declareis,

si es que la justicia indaga.

Nadie me conoce aquí,

pues soy en la corte estraña.

Decid que me conoceis.....
 (¡Ojalá no!)

ISIDORA.
 ANA. Por honrada.
 Que Miguel era un perjuro.

ISIDORA. Eso si diré, doña Ana,
 perjuro, y falso y traidor,
 sin corazon, sin entrañas,
 pendenciero por capricho
 y galanteador por gala.

ANA. ¿Direis eso?

ISIDORA. Y mucho mas.
 ANA. Y si Miguel alentara,
 ¿le hariais casar conmigo?

ISIDORA. Antes un rayo me parta.

ANA. ¿Qué decis, que no os entiendo?

ISIDORA. ¿Qué mucho, desventurada,
 si no me entiendo á mi misma!

ANA. ¿Qué tenéis?

ISIDORA. Pena en el alma.
 ANA. ¿Declarareis por mí?

ISIDORA. Si.

ANA. Direis de Miguel.....

ISIDORA. Ya basta.

ANA. Que me debe.....

ISIDORA. Si, que debe
 y paga mal, ó no paga.

ANA. ¿Vos le odiais?

ISIDORA. ¿Vos le quereis?

ANA. No sé qué os noto en la cara.

ISIDORA. ¿Qué es lo que notais, vecina?

ESCENA IX.

Dichas. LIBRADA. A poco CANTILLANA.

LIBRADA. El alcalde Cantillana. (*Vase.*)
 ANA. ¡Ah! (*Se esconde.*)
 CANTILLANA. Buena noche, Isidora.
 ISIDORA. (Nunca la tuve tan mala.)
 CANTILLANA. Perdonad, bella Isidora,
 si es mala hora de ofreceros
 mi afecto; quien viene á veros,
 viene siempre á buena hora.
 Libre de un hondo dolor
 que el seso me hizo perder,

quise, viniéndoos á ver,
 hacer la noche mejor.
 De algunas horas atrás
 arde mi pobre cabeza,
 y siento aquí una tristeza
 que no he sentido jamás.
 Y al veros, en el pellejo
 la alegría me retoza:
 no ofende á una buena moza
 el puro afecto de un viejo.
 Como mas no pido aquí
 que veros, y me recrea,
 vos me dejareis que os vea,
 señora, ¿verdad que sí?
 Es extraño.....

ISIDORA.
 CANTILLANA.

No, Isidora;
 ayer os vi y os miré,
 á veros me acostumbé,
 y estoy mal sin vos, señora.
 Por galan no me tendrán:
 murmurarian en balde:
 soy muy viejo y muy alcalde
 para poder ser galan.
 Por vos siento un sentimiento
 triste y dulce al par que hidalgo:
 ello es que yo siento algo,
 pero no sé lo que siento.
 No es amor: pasion tan loca
 no tiene en mi edad cabida,
 ni puedo amar en mi vida.
 (Pues creo que se equivoca.)
 Mas, triste estais.

ISIDORA.
 CANTILLANA.
 ISIDORA.
 CANTILLANA.

Sí, á fé mia.
 ¿No lo estábais ayer vos?
 Razon tenia, por Dios,
 que muerto á Miguel creia;
 y es cariño tan prolijo
 el que para él guardo aquí,
 que sin ser padre aprendi
 por él lo que se ama á un hijo.
 He recibido un papel
 que su vida me asegura,
 y el gozo.....

ISIDORA.

Y tanta ternura,
 ¿puede pagarla Miguel?

Es aleroso en su trato;
es mentiroso en cumplir;
es estremado en fingir,
y es ingrato.

CANTILLANA.

¡Ingrato!

ISIDORA.

Ingrato.

CANTILLANA.

¿Y quién delante de mí?.....

Si no fuérais, Isidora,
la que hablais así, señora,
¡oh! no hablariais así.

ESCENA X.

Dichos. MIGUEL, paño izquierdo, pasando por una puerta. DOÑA ANA, paño, pasando por la otra de enfrente.

MIGUEL.

¿Qué estás diciendo, cruel?

CANTILLANA.

Pero aunque todo eso fuera,

¿qué le importa á la Montera?

ANA.

(¡Cielos! ¡Qué veo! ¡Miguel!) (*Cierra la puerta.*)

ISIDORA.

¡En Salamanca y Madrid,
no penseis que le denuesto,
pagó ingrato! Mas ¿qué es esto?

(Se oye en la calle ruido de pendencia.)

CANTILLANA.

Una pendencia..... Seguid.

MIGUEL.

(¡Oh! Quién son ellos supiera.)

ISIDORA.

¡Cuchilladas!.....

CANTILLANA.

Y bien dadas.

¡Qué noche sin cuchilladas
la calle de la Montera!

ISIDORA.

¿No vais vos?

CANTILLANA.

Sin vara estoy,

y es asunto de Pinzorro.

ANDRÉS.

¡Socorro! (*Voz dentro.*)

ISIDORA.

Piden socorro.

CANTILLANA.

Eso es distinto; allá voy:
que para eso, ¡vive Dios!
no necesito la vara.

(¡No sé por qué me alegrara
que se mataran los dos!)

ESCENA XI.

ISIDORA. MIGUEL.

MIGUEL.

¡Isidora!

ISIDORA.

Aparta, ingrato.

¡Bien pagas la caridad
de darte hospitalidad
con mengua de mi recato!
Casi al dintel de mi puerta
herido te he recogido:
triste de mí, que hemos sido,
tú el herido, y yo la muerta.
Escucha.

MIGUEL.

ISIDORA.

MIGUEL.

ISIDORA.

MIGUEL.

En vano porfias.

¡Oye!

Es inútil que arguyas.

Cumple las palabras tuyas,
que yo retiro las mías. (*Váse foro izquierda.*)

Escucha, fiera inhumana.

ESCENA XII.

MIGUEL. Doña ANA, *puerta derecha.*

ANA.

¡Cómo que inhumana fiera!

¿Vivo para la Montera,
y muerto para doña Ana?

MIGUEL.

¡Ana! ¡Horrible desconcierto!

¡Ah! ¡Siento ruido, y yo aquí!

(*Váse al cuarto donde estaba Ana.*)

ANA.

No me separo de ti, (*Siguiéndole*)
que estés vivo, ó que estés muerto.

ESCENA XIII.

D. GASPAR, *balcon derecha.*

Gané el balcon y el postigo;
encontrándome en su casa,
si ella por mi dama pasa,
ha de casarse conmigo.

Ahora que ronde quien quiera:
que yo, sin ningun apuro,
cazo escondido y seguro
á la dote y la Montera.

(*Se esconde en donde estuvo Miguel.*)

ESCENA XIV.

D. ANDRES, *balcon izquierda.*

Huyendo de aquel maton
que puso á mi vida asedio,

no he tenido otro remedio
que encaramarme al balcon.
Aquí si soy descubierto
me echarán de positivo :
mas vale que me echen vivo ,
que no que me acuesten muerto.

(Se esconde en el cuarto donde está Gaspar.)

ESCENA XV.

CANTILLANA, foro derecha.

¡Tranquilizaos, señora!
daba las voces y el ruido
sin duda algun divertido:
mas ¿dónde estais, Isidora?

ESCENA XVI.

CANTILLANA y D. MIGUEL, puerta derecha. ISIDORA, foro izquierdo. Luz.

MIGUEL. ¿Quién la llama?
ISIDORA. ¡Ella con él!
CANTILLANA. ¡Miguel, Miguel, hijo mio!
ANA. ¡Ingrato!
ISIDORA. ¡Pérfido!
MIGUEL. Tio.
CANTILLANA. ¿Cómo estás aquí, Miguel? (Airado.)
ANA. Justicia.....
CANTILLANA. Dí, ¿por qué gritan?
ANA. ¿Qué prueban sus voces?
Prueban
una honra que me llevan.
ISIDORA. Un corazon que me quitan.
MIGUEL. ¡Calla, ingrata, ó juro á Dios!
CANTILLANA. ¡Por vida de Belcebú!
¿Por qué la denuestras tú?
MIGUEL. ¿Por qué la defendeis vos?
ANA. ¡Está buena la manera
de declarar por mi bien.....!
Malhaya, malhaya, amen,
la calle de la Montera.
CANTILLANA. ¿Por qué la defiende?
MIGUEL. Si.

CANTILLANA. Porque vos la amais.
¡Cruel!
¿Por qué lo has dicho, Miguel?
¡Yo me lo callaba á mí!

ESCENA XVII.

Dichos. GASPAS y ANDRÉS, riendo.

ANDRÉS. Yo me eduqué para santo,
no riño.

ISIDOR. MIGUEL. }
ANA. CANTILLA. } ¿Aún mas?

GASPAS. Por mi acero
sereis mártir.

ANDRÉS. ¡Caballero!
nunca he pretendido tanto.

MIGUEL. Ingrata, ¿conque me insultas?
ANA. ¡Y la llama ingrata!

TODOS. Sí.

MIGUEL. ¿Y tú delante de mí
de dos en dos los ocultas?

TODOS. ¡Justicia!....

ESCENA XVIII.

Dichos. PINZORRO, foro, y cierra.

PINZORRO. ¡Ya pareció!
Aqui, como vé usiria,
no hay mas vara que la mia,
ni mas justicia que yo.
Y esta ha de ser respetada,
y hará valer su derecho,
Seor Cantillana.

CANTILLANA. Bien hecho.
(Al maestro cuchillada.)

PINZORRO. A hacer mi justicia empiezo,
y voy derecho á mi asunto.
¡Hola! ¡revivió el difunto!
Me alegro por mi pescuezo.
No estraño que vos, ni vos,
esteis aqui; mas confiese,
¿quién se subió al balcon?

ANDRÉS. }
GASPAS. } Ese.

(Señalando uno al otro.)

- PINZORRO. Me alegre: presos los dos.
 ANA. Yo mi justicia la fundo.....
- CANTILLANA. }
 MIGUEL. } Yo la mia.....
 ISIDORA. }
 ANDRÉS. GASP. } Y yo la mia.....
 ISIDORA. Mi casa.....
 PINZORRO. ¡Qué algarabía!
 MIGUEL. A ver, preso todo el mundo.
 Esta es mi declaracion.
 Este..... (Por D. Andrés.)
 ANDRÉS. ¡Yo? (Arrestado.)
 MIGUEL. A traicion me ha herido:
 luego á traicion me han partido (Por Isidora.)
 el alma y el corazon.
 ISIDORA. Ahora yo.
 UNOS. No, yo primero.
 LOS HOMBRES. Esta mujer.....
 LAS MUJERES. Este hombre.....
 PINZORRO. Silencio todos, en nombre
 de don Felipe tercero.
 Tengan la boca cerrada
 el que paga y el que peca:
 uno á uno justicia seca,
 ó he de hacer una alcaldada.
 Cada uno segun el peso
 de su culpa ó su inocencia,
 espurgue bien su conciencia
 mientras estiendo el proceso.
 (Saca papel. Todos callan.)
- CANTILLANA. Todos lloran, yo quisiera
 llorar; pero mi dolor
 ni dá lágrimas siquiera.
 ¡Es mucha calle, Señor,
 la calle de la Montera!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

CANTILLANA. MIGUEL. PINZORRO, *cerrando las puertas laterales.*
OCTAVIO.

PINZORRO. Vamos á ver si podemos,
sin las mujeres, en paz,
ir sacando por el hilo
el ovillo: ven acá. (*A Octavio.*)
¿Cómo te llamas?

OCTAVIO. Octavio

PINZORRO. Gutierre Duro y Durán.
¡Ira de Dios! ¡Tu apellido
parece de pedernal!
¿Cuántos años tienes?

OCTAVIO. Yo
no tengo los que se van,
y como que huyen de mí,
no tengo años;—pues..... cabal.
¿Ves esta vara?

PINZORRO. Si veo.

OCTAVIO. Esta es la justicia, ¿estás?

OCTAVIO. Estoy.

PINZORRO. No burles con ella,
Gutierre Duro y Durán,
ó te doy con la justicia
un estacazo, que ¡yá!.....

OCTAVIO. Yo.....

PINZORRO. Que esta justicia puede,
por mas que seas seglar,
en empuñándola yo,

- convertirte en cardenal.
(Diantre de.....)
- OCTAVIO. Sirva lo dicho
PINZORRO. de aviso preliminar.
¿De qué sirves aquí?
- OCTAVIO. Sirvo
de mayordomo y demás.
En cuanto Dios amanece,
salgo al mercado á comprar;
llevo la razon de todo
lo que yo doy y me dan.
Si el ama sale á paseo,
cúelgome una espada acá,
y sirvo de Rodrigon.
Si en casa la place estar,
abro la puerta; si reza,
tomo el trisagio, y jamás
se me pasa niugun diez,
señor, que quien lleva mal
las cuentas de su rosario,
con otras cuentas, ¿qué hará?
- PINZORRO. ¿Conoces á don Miguel
Cantillana?
- OCTAVIO. No oi nombrar
jamás á otro Cantillana
que el señor alcalde.
- PINZORRO. Mas
¿á ese hidalgo le conoces?
- OCTAVIO. Sí.
- PINZORRO. ¿Desde cuándo?
- OCTAVIO. No hará
veinticuatro horas aun:
debióle ayer de trabar
de obras, mas que de palabras,
en la calle, algun jayan;
y como mi ama tiene
tan cristiana caridad,
recoger quiso al herido.
La dueña, que sabe mas
melecina que un doctor,
y en cuauto á unturas quizá
mas de lo que el Santo Oficio
nos permite investigar,
le curó en un *santiamen*.
- PINZORRO. ¿Y tú juras ser verdad

- que nunca le viste?
 OCTAVIO. Juro.
 PINZORRO. Basta: á un hidalgo que está esperando á fuera, y tiene aspecto de sacristan dile que entre.
- OCTAVIO. ¿Don Andrés?
 De ese sí que puedo hablar.
 PINZORRO. Habla, pues.
 OCTAVIO. Todos los días me esperaba en el portal. Un ducado y una carta ponía en mi mano, y zás, como alma que lleva el diablo abandonaba el zaguan. ¿Guardas los ducados?
 PINZORRO. No.
 OCTAVIO. ¿Y las cartas?
 OCTAVIO. Aquí están.
 PINZORRO. «¡Cuánto os adoro, Isidora!» (*Leyendo una.*)
 MIGUEL. }
 CANTILLANA. } ¡Oh!
 PINZORRO. (¡Hola! ya dan la señal de vida las dos estátuas.)
 «Por vos no puedo obispar,
 » me quitásteis la carrera,
 » y la vocacion, y la....»
 Dile que entre. (*Váse Octavio, foro.*)

ESCENA II.

Dichos, menos OCTAVIO.

- MIGUEL. Sí, por eso me quería asesinar, porque ama á Isidora, y piensa.....
 CANTILLANA. Se equivoca, ¿no es verdad?
 LIBRADA. Abridme, señor Pinzorro; soy yo, Librada.
 PINZORRO. Allá vá.

ESCENA III.

Dichos. LIBRADA.

- CANTILLANA. ¿Cómo está Isidora?
 LIBRADA. ¿Cómo

- CANTILLANA. ¿Mas volvió en su acuerdo?
LIBRADA. Sí,
á fuerza de esencias, ya.....
pero, señor, ¿esta casa
se ha trocado en hospital?
Un herido, dos mujeres
desmayadas..... ¿cómo está
doña Ana?
- MIGUEL. ¡Eh! ¿qué me importa?
LIBRADA. Voy á hacerla respirar
una esencia.....
- PINZORRO. Oye tú, esencia
destilada en Satanás.
LIBRADA. ¡Eh!
PINZORRO. ¿Serviste en esta calle
á doña Inés Alcaráz
hará dos años?
- LIBRADA. Servila.
PINZORRO. Poco antes de maridar,
cuéntase que su marido
tuvo un encuentro fatal
en la calle: ¿sabes algo
de ese lance?
- LIBRADA. Nadie habrá
que contar pueda lo cierto.
El novio juró que un tal
Lara, le hirió malamente;
mas no se le pudo hallar.
Comprometida mi dueña,
se casó, y no se habló mas
del lance.
- PINZORRO. Basta, ahora cuida
á doña Ana. ¿A dónde vas?
A esotra jaula, que en esta
se encierra otro perillan.
- ESCENA IV.
- PINZORRO. CANTILLANA. MIGUEL.
- PINZORRO. (Juraría que él ha sido.....)
Sigue el proceso verbal.
«Y declaró doña Ana (*Leyendo un papel*)
»Ceballos, que en la ciudad
»de Salamanca, Miguel,

» que era adolescente, asáz
 » la amó, y declaró Miguel
 » que no la ha amado jamás,
 » y que de amor á requiebro
 » hay muchas leguas que andar.
 » Que fué galanteo simple,
 » sin ofender la moral.
 » Esto dijo don Miguel,
 » y doña Ana dijo..... ¡Ah!
 » y se desmayó doña Ana,
 » y no pudo decir mas.
 » *Otro sí:* anoche, Miguel,
 » reñía de igual á igual
 » con un hidalgo, y declara
 » que don Andrés por detrás
 » le hirió á traicion.»

ESCENA V.

Dichos. D. ANDRÉS.

ANDRÉS.
 MIGUEL.
 PINZORRO.

Eso es falso.

Juro.....

Espacio con jurar.

Vaya el careo con calma,
 tengamos la fiesta en paz.
 vos sois.....

ANDRÉS.

Soy don Andrés Paulo
 Ceballos y Macanáz,
 y el mas desdichado engendro
 que se ha visto ni verá.
 Mi estrella ha sido la estrella
 mas estrellada, y jamás
 me alumbró en cosa ninguna.
 —¡Pienso que lo de alumbrar
 lo reserva para el dia
 que alumbre mi funeral!—
 Nacido en el mes de enero,
 saludáronme al entrar
 en este valle de lágrimas
 una gata y su galan.
 Era martes, y llovía,
 y al punto de cristianar,
 apagué de un estornudo
 la vela del sacristan.
 Dióse á reir el padrino;

la madrina se hizo atrás,
 y el párroco y yo solitos
 nos las hubimos allá,
 y recibí sin padrinos
 el chapuzon y la sal.
 Perdí mis padres muy niño.
 —Tengan en el cielo paz,
 porque lo que es en la tierra
 no la tuvieron jamás.—
 Y á mi, inocente retoño,
 por su lado cada cual
 me propinaba la zurra
 y me escaseaba el pan.
 Tuve vocacion de santo
 desde mi mas tierna edad,
 y fui mártir á cachetes
 desde que fui colegial.
 Allí conocí á Miguel,
 ¡que me tiene dados mas!.....
 y yo, nada, siempre santo.
 Un dia..... dia fatal,
 ví á doña Isidora, ¡oh!
 cambiar quise estado, ¡ah!
 pretendo olvidarla, ¡no!
 no encontrarla hermosa, ¡mas!
 dejo mi carrera..... ¡sí!
 quiero que ella me ame, ¡ca!
 véngome tras ella..... ¡y qué!
 llégome á su puerta..... ¡pa!
 ciérrame puerta y oídos,
 corazon y voluntad.
 En vano doña Ana quiere
 mi triste amor remendar,
 porque yo con Miguel zurza
 algun recuerdo quizá.
 La primer vez que le ví
 en Madrid, sábelo ya
 la justicia, fué ayer noche
 cuando le creí mortal.
 Pero vuestra espada aleve
 me hirió.....

Mi espada jamás
 ha herido ni puede herir.
 Tendrá mucha habilidad
 quien la descubra esa maña.

MIGUEL.

ANDRÉS.

PINZORRO. Esta es mi espada, ¡aquí está!
 ¡Si es de palo!
 ANDRÉS. De alcornoque.
 MIGUEL. Entonces quién fué.....
 PINZORRO. Callad. (*Bajo á Miguel.*)
 CANTILLANA. De palo. (*Mirando la espada.*)
 ANDRÉS. Sobrados yerros
 por míos me dan pesar,
 sin que los hierros me pesen
 de la hoja y el gabilan.
 PINZORRO. Entrad ahí, don Miguel.
 MIGUEL. Pero.....
 PINZORRO. ¡Entrad ahí, voto á San!.....
 Si niño os tuve en mis brazos,
 ¿cómo he de quererlos mal? (*Le encierra.*)
 Vuestra espada, don Andrés. (*Se la da.*)
 Vos, Cantillana, esperad.
 Vos, oid. (*Le habla bajo á Andrés.*)
 ANDRÉS. ¡Estais en vos!
 PINZORRO. En nombre del Rey.
 ANDRÉS. Se hará. (*Váse, foro.*)

ESCENA VI.

Dichos, menos D. ANDRÉS.

PINZORRO. El alcalde Cantillana
 á un alcalde subalterno,
 dijo para su gobierno:
 «tengo que ahorcarte mañana,
 »ó me vas á averiguar
 »el que á Miguel llegó á herir.....»
 CANTILLANA. ¿Qué es lo que quieres decir?
 PINZORRO. Adelante, don Gaspar. (*Le abre.*)

ESCENA VII.

CANTILLANA. PINZORRO. D. GASPAS.

PINZORRO. ¿Conocéisme?
 GASPAS. ¡Bueno es eso!
 Sobrado ví vuestra cara.
 PINZORRO. ¿Vos sois?....
 GASPAS. Don Gaspar de Lara,
 y abreviemos el proceso.
 Que he nacido en buena cuna

por lo noble y por lo antigua,
mi apellido lo atestigua.

Gasté mozo mi fortuna;
mas tengo sobrado aliento
para hacer nuevo caudal,
por el valor natural
de la sangre que sustento.

PINZORRO.*

De ese valor hay que hablar
mucho; pues hay quien supuso
que á veces haceis mal uso
de ese valor, don Gaspar.

Y pues llega la ocasion,
aprovecho la fortuna
de que me servais en una
añeja declaracion.

En esta calle ocurrió
un lance menguado asaz.

Doña Isabel Alcaráz.....
¿la conociais?

GASPAR.

Yo no.

PINZORRO.

Amaba á un tal don Rodrigo
que, yendo á ver á su bella,
topó por su mala estrella
en la calle á un vuestro amigo
que, segun dice la gente,
riñe de un modo tan doblé,
que por olvidar lo noble
ganó fama de valiente.

Don Rodrigo era leal.....

Del otro..... nada sé yo;
mas don Rodrigo cayó
mal herido en un portal,
y su contrario cruel.....

GASPAR.

¿Y qué tengo que ver yo.....?

PINZORRO.

¡Ah! ¿No sabeis nada?

GASPAR.

No.

PINZORRO.

Dicen que ibais vos con él.

GASPAR.

Ni de nada soy testigo
ni seria, hablando, cuerdo.

Una noche, sí, recuerdo
que, acompañando á un amigo,
una pendencia surgió;
y yo mi bolsa perdí,
y luego decir oi
que un alguacil se la halló.

Mas en cuanto á la otra historia,
que ahora á colacion se saca,
tengo la memoria flaca.

PINZORRO.

(No tan flaca la memoria.)
En fin, hecho consumado,
duerma en paz eternamente;
vengamos á lo presente,
y dejemos lo pasado.

GASPAR.

Mejor es.

PINZORRO.

Si, mejor es.

¿Cómo os encontrais aquí?

GASPAR.

Porque sí.

PINZORRO.

¿Y qué es porque sí?

GASPAR.

Porque yo quiero.

PINZORRO.

¡Ah!

GASPAR.

Pues.

PINZORRO.

Cuéntase que á la Montera
teneis un amor profundo.

GASPAR.

No es posible que en el mundo
nadie como yo la quiera.

PINZORRO.

Y ella á vos, ¿os quiere algo?

GASPAR.

Supongo que sí.

CANTILLANA.

(¿Qué escucho!)

GASPAR.

Que yo me merezco mucho.

CANTILLANA.

(¿Qué está diciendo ese hidalgo?)

PINZORRO.

Al escalar su balcon
pusisteis en su honra el pié.

GASPAR.

Eso es cuenta suya.

CANTILLANA.

¿Qué!

(Levantándose con ira.)

PINZORRO.

(Ya se despierta el león.)

GASPAR.

Si su honra por mí ha perdido

y yo me caso con ella,

hago feliz á una bella,

y negocio concluido.

PINZORRO.

Dicen que os desprecia.

GASPAR.

¡Bah!

PINZORRO.

Que el subir por el balcon
fué un cálculo de ambicion.

GASPAR.

Con todo, se casará
connmigo, que ya mi nombre
solamente su honra ampara.

CANTILLANA.

Pinzorro, suelta la vara.

GASPAR.

Quiero matar á ese hombre.

GASPAR.

Señor alcalde....

CANTILLANA.

Aquí no:
yo no soy alcalde aquí,
ni está delante de mi
sino un hombre como yo.
En guardia.

PINZORRO.

No me acomodo.
¡A que ahora por una niña....!

CANTILLANA.

Pinzorro, deja que riña,
ó corres con vara y todo.
En guardia vos, ú os destrozo
á estocadas el pellejo.

PINZORRO.

(¡Bravo! Sin vara este viejo
se vá á comer á este mozo.)

GASPAR.

Pero, ¿por qué, ¿voto á bríos!
ahora me pedís quimera?

CANTILLANA.

Porque adoro á la Montera
cien mil veces mas que vos.
Porque en su honra y su cariño
tengo de mi alma el espejo.
Porque con cara de viejo
tengo corazon de niño.
Porque, para amar cobarde,
en mi juventud no amé,
y ahora amo loco, porqué
se ama mas cuanto mas tarde.
En guardia.

PINZORRO.

Cuenta con él. (A Gaspar.)

(*Riñen Cantillana y Gaspar. Pinzorro dá un golpe con la vara, y sale D. Andrés con la espada de palo desnuda, y aparenta atacar á D. Gaspar. Este se vuelve á tiempo que Cantillana se tiende á fondo y le toca.*)

ESCENA VIII.

Dichos. D. ANDRÉS.

ANDRÉS.

¡Ah perro!

CANTILLANA.

¡Ah!

GASPAR.

Traicion.

(*Cayendo sobre D. Andrés.*)

PINZORRO.

Amigo,
así cayó don Rodrigo,
así heristeis á Miguel.

CANTILLANA.

¿Qué dices?

PINZORRO.

Estoy bien cierto.

CANTILLANA.

A no haberme contenido....

ANDRÉS.

Señor, ¿habré yo nacido
para que me echen el muerto?
¡Vive Cristo que no entiendo!....

CANTILLANA.

PINZORRO.

Poco tiene que entender:
así heristeis sin querer,
y él así hiere queriendo.

Tierra á un lance igual echó
un alguacil harto vil:

ya es alcalde el alguacil:
el alguacil era yo.

Yo era el miserable aquel:
perdonadle, ó voto á brios,
que hay perdon para los dos,
ó para los dos cordel.

CANTILLANA.

¡Valgante á ti tus temores,
válgale á Gaspar lo Lara:
tambien yo ultrajé tu vara!
Todos somos pecadores.

ANDRÉS.

Este hombre perdió el sentido,
y pesa mas que un pecado.

PINZORRO.

¡Librada!.... está desmayado.

ESCENA IX.

Dichos. LIBRADA.

LIBRADA.

¡Virgen de Atocha, otro herido!

PINZORRO.

Es un rasguño ligero.

¿Y doña Ana?

LIBRADA.

Ya está sana.

PINZORRO.

Pues cuidadle entre doña Ana
y tú, y vos.

ANDRÉS.

(¡Ahora enfermero!)

ESCENA X.

PINZORRO. CANTILLANA.

PINZORRO.

Ahora el alcalde menor
la vara entrega á usiría,
y hónrale mucho á la vara
hallarse en manos tan dignas.

Basta á remediar Pinzorro
la injusticia de una herida;
mas para heridas de honor,
y en el honor de una niña,
al alcalde de hace poco



pésale asaz la alcaldía.
 Tenga esta vara quien debe:
 que si otra se necesita,
 ya me prestará la suya
 cualquiera de mi gavilla.
 Aquí está Miguel, allí *(Abre la puerta)*
 llorando está su desdicha
 quien no tuvo otro delito
 que nacer mujer y linda.
 Casáronla, mal su grado,
 con un hombre que podría
 ser su abuelo, que el Montero
 tendría vuestra edad misma.
 ¡Ah!

CANTILLANA.
 PINZORRO.
 CANTILLANA.
 PINZORRO.

¿Cómo amarle?

¡Oh!

¡Imposible!

Queda despues viuda y rica,
 y porque está sin amparo,
 se atreven á su honra limpia.
 Prestar amparo á la honra
 es deber de la justicia:
 usiría sabe mucho,
 y, en fin..... Dios guarde á usiría.
 Yo voy á ver si esa gente
 se va calmando y se alivia.

ESCENA XI.

CANTILLANA.

Cantillana, ¿y eres tú
 el que, terror de la villa,
 dicen que el diablo anda en tí?
 Razon tiene el que hoy lo diga:
 que me ha mordido en el pecho
 el demonio de la envidia.....
 no, envidia no..... celos sí.
 Celos son esta fatiga
 que..... pero ¿de quién los tengo?
 No sé..... de mi sombra misma.
 ¡Era el Montero tan viejo!
 ¡Es la Montera tan niña!
 No me amaré..... sin embargo,
 su honra está comprometida;
 Miguel no la ama..... eso es.....

Miguel con la otra tenia....
Yo voy á volverme loco,
acabemos, ¡voto á Cribas!
¡Isidora.....!

ESCENA XII.

CANTILLANA. ISIDORA.

CANTILLANA.

¡Dios de Dios!
¡Llorando y sola, Isidora!
Por Dios, no lloreis, señora,
mientras yo esté junto á vos.
Que tan mal á ello me avengo
y me impone tanto, tanto,
que me quita vuestro llanto
el poco valor que tengo.
¿Quereis conmigo tratar
de que vuestros males cesen?

ISIDORA.

Bástame con que me dejen
los ojos para llorar.

CANTILLANA.

¿Por vuestra honra.....?

ISIDORA.

Eso no,
que mi conciencia me escuda:
¿ni quién pone mi honra en duda
viendo que estoy viva yo?

CANTILLANA.

Puede que haya en Madrid quien
por este lance fatal.....

ISIDORA.

El que de mí juzgue mal,
es que no me ha visto bien.
Mujer que ha nacido casta
tal sospecha no concibe;
y al que de su honra vive,
con su propia honra le basta.

CANTILLANA.

Mas el vulgo..... en fin, señora,
ahora es preciso elegir;
y si me quereis oír,
me dais la vida, Isidora.

ISIDORA.

No.....

CANTILLANA.

Sí, yo hablaré con calma,
y así..... lo mejor que pueda.....

ISIDORA.

No, alcalde, no; ya no queda
ni un sentimiento en mi alma.

CANTILLANA.

¿Y cómo vibra en el viento
con su música divina,
la pura voz argentina

que modula vuestro acento?
 ¿Cómo á través de ese velo
 de las lágrimas, ahora
 creo entreveer, Isidora,
 en cada mirada un cielo?
 Eco que hace estremecer
 y dentro del pecho vibra,
 es la enamorada fibra
 del alma de la mujer.
 Y yo lo siento y lo escucho
 con veneracion, señora:
 quien habla así y así llora,
 siente mucho, siente mucho.....
 Un nombre necesitais,
 yo soy viejo..... vos sois bella....
 en fin..... con vara ó sin ella,
 si me quereis, me tomais.
 Si no..... no os guardo rencor;
 mas sabed de cualquier modo,
 que yo, concejal y todo,
 me estoy muriendo de amor.

ESCENA XIII.

Dichos. MIGUEL.

MIGUEL.

Amadle, que es muy leal:
 perdon, porque yo la amé.

CANTILLANA.

Tú.....

MIGUEL.

Con mi alma y con mi fé,
 con firmeza sin igual.

ISIDORA.

¿Y Ana?

MIGUEL.

Juro por mi nombre
 que jamás la amé: y..... señora,
 si al jurar un hombre llora,
 creed lo que diga ese hombre.

ISIDORA.

¡Ah!

MIGUEL.

Pero amándola vos,
 luchar el deber me impide;
 yo le ruego que me olvide:
 adios, padre mio, adios.

CANTILLANA.

¿Y si te amara Isidora?

MIGUEL.

Fuera en vano.

CANTILLANA.

¿Fuera en vano?

MIGUEL.

Tened lástima á un anciano,
 que fué mi padre, señora.

Vuestra honra aquí se jugó:
 él la ampara, amadle fiel;
 vale un viejo como él
 mas que un mozo como yo.
 Lejos mi dolor profundo
 me llevará.

ISIDORA.
 CANTILLANA.

(¡Me abandona!)
 El Montero y mi persona
 vinieron juntos al mundo.....
 pero tambien es cruel
 que..... ¡Virgen santa, que llora!
 no lloreis mas, Isidora:
 haz que no llore, Miguel.

(*Se echa en sus brazos.*)

Yo, para el amor cobarde,
 en mi juventud no amé:
 pago el pecado, porqué
 conocí el amor tan tarde.
 Sed felices, voto á brios,
 que en ello mi raza gana.
 Bendito seais, Cantillana.
 Me quiere, ¡qué bueno es Dios!
 Salga aquí la gente toda.

ISIDORA.
 CANTILLANA.

ESCENA ULTIMA.

Todos, menos ANA y GASPAS.

PINZORRO.
 CANTILLANA.

¿Qué ocurre?
 Que la Montera
 se casa.....

ANDRÉS.
 CANTILLANA.

¡Ay!
 Y el que quiera
 puede asistir á la boda,
 que tendrá lugar mañana;
 y derróchese sin tino,
 que es muy rumboso padrino
 el alcalde Cantillana.

LIBRADA.
 ANDRÉS.
 PINZORRO.

¿Que se case le dá espanto? (*A Andrés.*)

CANTILLANA.

No, si no es espanto, es.....
 Creedme á mí, don Andrés,
 vos nacisteis para santo.
 Y cumpliendo el preceto
 que el rey me encarga
 de bautizar las calles
 cortas y largas,

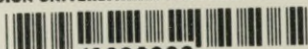
ordeno y mando,
 igual que si estuviera
 puesto en un bando:
 Que esta calle en memoria
 de una hermosura
 que hizo á un alcalde tierno,
 seglar á un cura,
 marido á un loco,
 y á un Lara, que en lo Lara
 pensára poco,
 un azulejo grande
 tenga en la acera,
 titulándola *calle*
de la Montera.
 Yo sé de un viejo
 que mirará con lágrimas
 ese azulejo.
 Dá el hombre á amor tributo
 tarde ó temprano:
 ¡ay del que por desdicha
 le paga anciano!
 La edad de flores
 es la edad de la vida
 de los amores.
 Niñas, las que á esta calle
 vengais mañana,
 amad, mientras seais niñas,
 con vida y alma.
 Y el cielo quiera
 que halleis dicha en *la calle*
de la Montera.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice. Madrid 14 de diciembre de 1853.—El censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



10030333

Esta comedia se vende á 8 rs. en la Contaduría del teatro de la *Zarzuela*, y en las librerías de *Cuesta*, calle de Carretas; de *Bailly-Bailliere*, calle del Príncipe, y de *Lopez*, calle del Cármen.

En provincias, en las principales librerías.